

NOVELA
ETA



25
CTS

La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE - Pasaje Paz, 10 bis.

Barcelona

Tel. 48551

AÑO II

N.º 21

EL PRINCIPE FAZIL

Bellísimo poema dramático interpretado
por

GRETA NISSEN

y

CHARLES FARRELL

1932

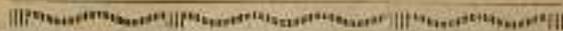
SUPERPRODUCCION GIGANTE «FOX»

Exclusiva de

Hispano Fox Films, S. A. E.

Valencia, 180 - Barcelona





XO

EL PRINCIPE FAZIL

Argumento de la Película

Las tribus de la legendaria Arabia, insensibles al paso de los siglos, viven todavía según los usos y costumbres de sus antepasados.

El príncipe Fazil había heredado de sus mayores, con costumbres y pasiones, el gobierno de sus tribus.

Era hombre joven, apasionado, enérgico, fiel a la tradición. En su magnífico palacio tenía encerrado un harem donde las más hermosas mujeres de su tierra le brindaban sus amores.

Tenía por ley el Korán y se sometía a sus preceptos... Sus súbditos le amaban porque era el hombre justo que nunca cometía una arbitrariedad...

Si algún soldado árabe desertaba de su tribu, los preceptos sagrados le condenaban a muerte, pero a veces, el príncipe se sentía inclinado hacia la piedad y perdonaba...

Entonces era más amado que nunca...

Muy lejos de aquella civilización, a cinco mil kilómetros de distancia de la Arabia y todavía más alejada de ella aún en espíritu e ideas, se hallaba París.

Fabienne D'Arceurt, flor de capricho, refinada gozadora de la libertad que a la mujer ofrece el mundo moderno, residía en la capital francesa,

pero siempre con el ardiente deseo de viajar...

Era una mujer bella, de cabellos de oro, tentadora y deliciosa...

John Clavering era un rico y obstinado pretendiente de Fabienne; mas, para la dulce francesa no había llegado todavía el supremo instante del amor...

—¿Cuándo querrás casarte conmigo, Fabienne? —le dijo John una tarde.

Ella hizo una mueca ambigua y contestó:

—No sé qué responderte, John!... Me asusta el matrimonio... Tengo miedo a cuanto pueda privarme de una libertad que me es tan querida...

—¿Yo no habré de impedirte nada!... Serías mi dueña...

—¡No insistas! Con sólo hablarme ya me unes a ti... Y lo que yo más amo en la vida es, eso, la libertad, no tener un lazo que me una a ninguna parte, no deber dar cuenta a nadie de mis actos...

—¿Y yo que había concebido alguna esperanza!

—¡No, John! ¡Imposible! Dentro de breves días partiré para Venecia... Luego, ¿quién sabe! Yo no sirvo para el matrimonio...

Y John se alejó desalentado, viendo rotos los ensueños que durante muchos días habían ilusionado su alma...

Una de las magnates de la tribu se había acercado una tarde al príncipe Fazil y le decía:

—Se acerca el tiempo designado por Alá para que pienses en dar un heredero a tus tribus.

—[Por mí no urge!—contestó Fazil, desdeñoso. —Las mujeres me interesan poco...

Llegó un mensajero del sultán, un enviado del poderoso señor supremo de la Arabia.

Inclinándose ante el príncipe, le dijo:

—[Traigo para ti un mensaje y un presente de nuestro amado sultán!

E hizo entrar en la estancia a una preciosa mujer que el sultán le ofrecía para aumentar su serrallo.

Fazil, aunque tenía el harem bien provisto, apenas prestaba atención a las mujeres...

Prefirió la caza y la guerra, al amor...

Sonrió desdenosamente al ver a la muchacha, y repuso:

—Una yegua o un camello me hubieran sido de más utilidad.

Ordenó llevasen la mujer al harem, jaula dorada para vivir con todos los placeres de la tierra, menos el placer de la libertad.

El enviado del sultán siguió diciendo:

—El mensaje que te traigo te ordena salir en seguida para Venecia como representante de nuestro amo y señor...

—El es mi jefe... y yo acato en todos momentos sus órdenes.

Y después de enterarse de la misión que debía realizar en Venecia, comenzó sus preparativos de marcha.

Una semana más tarde se encontraba en la perla del Adriático.

Vestido de europeo, elegante y simpático, pronto se vió agasajado y sujeto de toda clase de atenciones, entre la alta sociedad que residía en el mismo hotel.

Después de una estancia de pocos días en la hermosa tierra italiana, se dispuso a regresar a Arabia, tierra de silencio dulce para el oído y el corazón.

Había trabado amistad con Jacques y Helene, un matrimonio francés que se deshacía en cumplidos ante el príncipe árabe...

—¿Cómo es, Fazil, que, tan pronto ha ultimado usted sus asuntos, ya piensa en volver a Arabia?—le dijo Helene.

Fazil sonrió y repuso:

—Europa me altera los nervios... me inquieta... ¡No soy comprendido aquí... no es éste mi mundo!

—¿Nada podía hacerle a permanecer entre nosotros?

—¡Nada, Helene!... Usted y su marido han sido sumamente amables para conmigo, pero debo partir.

Su decisión parecía irrevocable, pero...

Cruzó el amplio salón del hotel una hermosa mujer, una rubia divina. Era Fabienne, que había llevado hacia la tierra de Venecia toda la nostalgia de su alma loca de libertad.

—¡Divina... divina!—murmuró el príncipe, sobrecogido por primera vez en su vida por la presencia de una mujer...

Fabienne desapareció... Había sido como una visión rápida, fugaz... embriagadora.

Helene sonrió y dijo:

—Si se quedara usted, podría hablarla esta noche.

—¡Me quedaré!...

—¿Tanto le ha impresionado?

—Me ha parecido que nací en mi alma algo nuevo...

Aquella noche, el príncipe aguardó con impaciencia en la sala de fiestas del hotel a la bella criatura.

Helene sonrió al observar su constante atención, y le dijo:

—No vendrá ella más pronto porque está usted con la vista fija en la puerta...

Fazil se excusó, sonriente...

No tardó en parecer la linda y delicada parisienne... Helene les presentó...

Fabienne se alzó turbada por la mirada apasionada y morosa de aquel hombre, cuyos ojos tenían reflejos dominadores...

Hablaron...

Sonó la orquesta... Se pusieron a bailar...

Mientras la música acariciaba sus oídos el príncipe murmuró a Fabienne:

—Me ha pasado la noche aguardando su lle-

gada... Si usted no hubiera venido... ¡qué tristeza!

—¿Por qué?—dijo Fabienne, sorprendida.

—Lo ignora usted?

Y sus labios casi la rozaban.

—Sí...

—¡Quería verla, hablarla! ¡La vi esta mañana... y ya no la olvidé ni un minuto! ¡Quería que viniera usted!

—¿Logra usted siempre cuanto se propone?

—Siempre!—respondió.

Había acabado el baile...

Del brazo de Fabienne se la llevó al cercano jardín desde donde se extendía el panorama maravilloso de Venecia...

Y aquella hermosa muchacha, que hasta entonces había desdenado el amor, iba sintiéndose dominada, atraída, fatalmente llevada a los brazos del príncipe Fausto...

¡Oh, misterioso unión de las almas!

También el príncipe, para quien las mujeres habían sido una vez indiferente pasajera, de flor de piel, se sentía prendado de los encantos de la europea.

¡Qué había hallado en aquella mujer? ¡Qué aroma nuevo, que no había aspirado nunca, posita aquella divina criatura!

Estaban solos... Únicamente a lo lejos, se escuchaba el canto de algún gondolero que entonaba al viento estrellado su canción de amor.

En el hotel seguía el baile, la animación, la sonrisa cordial de las gentes felices...

¡Qué turbador era el instante!

El príncipe acarició los brazos de aquella mujer, y Fabienne, emocionada, dijo:

—¿Por qué me ha traído usted aquí?

—Porque yo quiero hacer partícipes de usted a los demás...

—¿Con qué derecho?

—¿Con el derecho que me dan mis ojos al contemplarla a usted! ¡Ahora no podrán ver su ros-

tro otras ojos de hombre que los míos!

—¿Pero si los hombres me han mirado siempre!

—Fue antes de esta noche... ¡En lo sucesivo, nunca!

¡Ah! ¡Para Fabienne, aquellas palabras tenían una incomparable emoción! Nunca las había oído iguales...

Porque eran palabras de imposición dulce, de dominación absoluta, para al propio tiempo atraentes.

Ella pareció abandonarse a los brazos del príncipe Fausto... Esta sonrió y le acarició sus labios, besándolos con todo el fuego poderoso de su raza.

—¡Fabienne!

La francesa se entregó a la caricia...

Sus propósitos de libertad, se quebraban súbitamente al choque brusco del amor...



—¡Me he pasado la noche aguardando su llegada!

El príncipe la había hecho su dueña en una sola entrevista...

Era el amor intenso, el fuego devorador que en pocos momentos levanta llamas hasta el cielo...

Se casaron... Fueron a París a vivir las horas inolvidables de la luna de miel.

Maravilloso tiempo de frenético amor en que todo lo olvidaban, creyendo que los dos formaban el mundo entero...

El príncipe la alzaba en brazos sintiendo para siempre suya a aquella hermosa francesa.

Después vivían largos momentos de intensa dulzura...

A pesar del inmenso amor que el príncipe sentía por ella, Fabienne había temblado algunas veces al ver en la mirada de Fazil un rayo casi brutal, de raza dominadora y fuerte.

¡Tus ojos... me asustan!—le dijo un día— ¡No sé cómo a comprenderlos!

—Mis ojos sólo saben de ti.—repuso él.

Se abrazaron en un delirio de juventud y pasión.

—Nunca pude pensar que me vería aquí en París, sola contigo! — exclamó ella—. ¡Ha sido todo tan rápido, tan inesperado!

—¡Yo sí!... Tuve el dulce presentimiento la primera vez que te vi... ¡Serías mía... y lo fuiste!

Y en sus ojos volvió a brillar otra vez aquella llama roja de energía incomparable.

—¡Tus ojos, Fazil!...—dijo ella suspirando con cierto temor—. Bien quisiera comprenderlos... quería que me mirasen con más dulzura...

—¡No deben asustarte!... ¡Son tuyos!

Y así pasaba el tiempo, cada vez amándose más, como si cada día descubriesen nuevas emociones a su cariño...

Todo el París que conocía a la bella Fabienne, a aquella mujer que antes proclamara su libertad, se sintió conmovido, asombrado, ante una noticia que publicaron todos los periódicos:

UN PRINCIPE ARABE CONQUISTA EL CORAZON DE UNA JOVEN PARISIENSE

Ha casado verdadera sorpresa en la sociedad de París, la unión de Fabienne D'Arcoart con el príncipe Fazil, uno de los linajes más proclares de Arabia.

Los comentarios estaban a la orden del día. En reuniones y fiestas no se hablaba más que de la inconcebible boda...

Y Fabienne, alejada de todo el mundo, sólo tenía miradas para su príncipe adorado.

Los días locos de su felicidad se convertían en semanas en aquel París que era para ellos como un palacio...

Cierto día, Fabienne daba varios órdenes a Ahmed, el criado y ayuda de cámara del príncipe Fazil.

El servidor era un hombre obediente y cumplidor de sus deberes, pero cuyos ojos jamás habían mirado de frente a su señora.

Fabienne, no enterada de las costumbres orientales, le advirtió:

—¡Ahmed! ¡Cuando te hable, mírame!

El criado siguió con los ojos clavados en el suelo.

—¡Ahmed! ¡Mírame! ¡Te lo mando!—insistió Fabienne, un poco disgustada.

Penetró en aquel momento en la estancia el príncipe Fazil, severo y enigmático.

A una orden suya, el criado desapareció.

—¿Has visto, Fazil?... Tu criado me tiene miedo... le cause espanto... Nunca me ha mirado la cara y cree que ni debe conocerme...

Los ojos del príncipe se ensombrecieron y contestó:

—¡En mi país, un criado no debe jamás mirar el rostro a la esposa de su señor!

—¡Pero, Fazil, no estamos en Arabia! ¡Aquí las mujeres gozan de mayor libertad!

—¡Aquí o en Arabia, eres mi esposa!—dijo terminante.

Por primera vez la había tratada con cierta dureza...

Fabienna sintió un vago temor y avanzando hacia él le abrazó y dijo:

—¡Soy tu esposa, Fazil, y te amo!

—¡Lo sé!

—Pero a veces me haces dudar, Fazil... a veces me preguntas si me amas de verdad...

—¿Por qué dudas? ¿Quién te ha dicho lo contrario?

—Es que jamás se te ha ocurrido decirme "Te



en sus ojos volvió a brillar aquella llama...

quiero", como hacen nuestros hombres de Europa.

Una sonrisa fría apareció en los labios del príncipe.

—Los hombres de mi raza—exclamó—no se han rendido nunca al amor, ni son esclavos de él.

Fabienna lo miró contrariada... Por primera vez chocaban las dos corrientes, las dos civilizaciones, con sus costumbres antagónicas y distintas.

—Fazil, ¿qué significa para ti el amor?—preguntó.

—Amor es posesión—respondió él gravemente.—Si el hombre no puede hacer de la mujer cuanto desea, no hay para mí tenerla.

Y salió con aire majestuoso y lento, haciéndole comprender a Fabienna que era con la señora, y no la esclava.

A pesar de ello, Fabienna encontraba que aquella esclavitud era muy dulce.

Unos días después, John Clavering fué a visitar a Fabienna. A pesar del casamiento de ella, no la guardaba rencor.

—¡Tu matrimonio fué una verdadera sorpresas, Fabienna!—le dijo.—¡Ya veo que eres dichosa!

—¡Sí, lo soy!... Me siento feliz como nunca había sospechado serlo.

—¿Fazil es como nosotros?

Ella sonrió, y recordando bien el carácter de su marido, dijo:

—¡Sí y no!... A veces creo comprenderle y a veces le desconozco en absoluto.

John le miró con sorpresa.

—Y sin embargo—le dijo—, te entregaste a él sin conocerlo, al hijo de una raza extraña.

—¿Qué sabe de razas el verdadero amor?

—¿No habrás sido demasiado impulsiva? ¿No te quería ya?

—Perdóname... Al corazón no se le manda. Amo al príncipe y con éste me siento plenamente feliz...

—¡Ojalá tu felicidad sea eterna!

—Así lo espero... Vámonos, John, no quiero que estés enfadado conmigo... ¿Quieres venir esta noche a cenar con mi marido en el restaurante *Ciro's*?

—¡Muy agradecido!... ¡Iré!

John inició la marcha después de besar la mano de Fabienne. Pero el príncipe Fazil acababa de entrar en la estancia y vio a aquel amigo de su esposa.

Lo saludó fríamente... En su alma vibraron todos los sentimientos de su raza, pronta al fuego de los celos.

Fabienne sonreía... Nunca había amado a John, pero le consideraba un buen amigo...

Creía que la invitación había sido discreta.

Cuando John sabía, Fabienne dijo al príncipe:

—¿He invitado a John Clavering a cenar con nosotros!

—¡Luego le telefonearás para decirle que no vaya!

—¿Por qué?

—Porque así es mi ley... ¡No quiero que vuelvas a verle nunca!

Llegaron Jacques y Helene que, recién llegados a París, ya anteriormente les habían visitado. Ante estos amigos de confianza, Fabienne volvió a insistir para que John fuese a cenar en *Ciro's*...

¿Qué mal había en tal invitación? John era un antiguo camarada. ¿En que iban a recluírse en la soledad?

Pero el príncipe, ante Helene y Jacques, insistió en su punto de vista. En su alma mandaba el espíritu de raza, que hacía enteramente suya a la mujer, sin mostrarla nunca a otros ojos de varón.

—¡No... he dicho que no!... ¡Y mi palabra es sólo una!... Telefonas luego a casa de John exusándome y diciendo que no vamos a *Ciro's*.

—¡Yo no hago eso!... Es una tontería y...

—¡Lo mando! ¡Me comprendes!... ¡Lo mando!

Pero Fabienne sintió la fuerza de la rebeldía. ¿Por qué le impedía aquel acto inocente?

Y dejándose llevar de uno de aquellos impulsos de libertad que en otro tiempo fueron su mejor ejecutoria, se dirigió al teléfono y llamó a casa de John Clavering.

—¿No está el señor Clavering? ¿No?... Pues, dígame cuando venga, que de parte de Fabienne y de su esposo, no se olvide de ir esta noche a reunirse con ellos en *Ciro's*...

Y dejó el teléfono y miró con energía a su marido.

Los ojos de éste se clavaron con terrible furia contra su esposa; parecían mirarla, asombrado de que una mujer, su esposa, se hubiese atrevido a contradecirle.

—A él, a un Fazil, a uno de los hombres de la raza que siempre había hecho esclavas a sus mujeres!

Le parecía aquella actitud como una ofensa a sus antepasados.

La contempló enfurecido, mientras ella aguantaba con firmeza la acusación de aquellos ojos.

Jacques y Helene asistían en silencio a la entrevista, comprendiendo las grandes dificultades que separaban al matrimonio.

—¡No te atrevas!...—rugió el príncipe—, ¡Has desobedecido mis órdenes y eso en mi tierra se castiga!

—¿Estás cometiendo una injusticia conmigo! ¿Es que olvidas los deberes de una dama de sociedad?

—¿Qué me importa la sociedad europea?... Te ordeno que vuelvas a telefonear a Clavering que no vamos.

—¡No!... ¡Nunca!

—¡Fabienne!... ¡Acuérdate que eres mi mujer!
—No hasta el extremo de obedecer las arbitrariedades...

—Por última vez, ¿quieres hacer lo que te mando?

—¡Eso, no!

Y saludando cortésmente a sus amigos, abandonó la sala para retirarse a su estancia. Sentía un gran disgusto...

El príncipe se pasaba furioso... Aquel hombre que, a pesar de su traje occidental, mantenía intacta la fe y las costumbres de su raza, se asombraba de la rebeldía de su mujer.

—¡Ah! — murmuró — ¡No tendrá ocasión de hacerlo dos veces!

Jacques quiso interceder por Fabienne.

—Recuerde, Fazil, que estamos en Francia y no en Arabia.

El príncipe se echó a reír con siniestra carcajada.

—¡Oriente... Occidente... sólo una diferencia de opinión! — dijo —. Pero yo soy hijo del desierto... y mi mujer es tan mía como mis armas y mis caballos...

—¡Vamos, amigo mío, no se ponga usted así!... Muchas veces no hay más remedio que ser conciliante.

—¡No... no puedo serlo! ¡Haría traición a mi nombre!

—¡Comprenda! — dijo Helena —, Fabienne es una parisienne... y usted un árabe del desierto...

El príncipe sonrió de modo feroz... De pronto, dijo con actitud firme y decidida:

—¡Me marcho!... Ya que Fabienne no acepta de grado mi voluntad, la dejo libre... ¡Ya no es mi mujer!... ¡Todo menos tener una mujer desobediente!

—¡Pero... Fazil, usted no puede hacer esto!...

—¡Sí, Helena!... Y diga usted a Fabienne que cuando me casé con ella ignoraba ciertas ideas y emociones... que ahora comprendo... No sabía

yo que existían compromisos de sociedad... Naturalmente, no soy europeo y no me avergüenzo tales procedimientos.

—¡Fazil... piense bien lo que va a hacer!

—¡Lo he meditado!... ¡Dígale que lamento infinito que no la haya comprendido antes!

Y haciendo una ligera inclinación de cabeza, abandonó la sala. Dio orden a su criado Ahmed de que le siguiera y ambos salieron a la calle y subiendo a un automóvil se hicieron conducir a la estación.

Helena y Jacques quedaron horrorizados, sin saber el partido que tomar.

Fabienne volvió poco después y sus amigos, con las debidas precauciones, le comunicaron la terrible noticia de la partida del príncipe.

La esposa abandonada dio un grito de horror, un grito de criatura que ve roto el nido de su hogar.

—¡Fazil... Fazil! — suspiró.

En aquel momento, al verse alejada del príncipe, comprendió cuánto lo quería.

¡Ay! ¿Por qué se había marchado? ¿Si no podía vivir sin él, si no podía! ¿Tan grave era la ofensa que la joven le había inferido con su terquedad?... ¿Si hubiese sabido que habría de disgustarla de tal modo!

—¡Fazil... Fazil! — gemía.

Recorrió todas las habitaciones y al comprender la horrible realidad, al ver que efectivamente su príncipe la había dejado ante su primera desobediencia, rompió a llorar amargamente y cayó a tierra, como herida por un rayo.

Había perdido el conocimiento...

Estuvo largas semanas entre la vida y la muerte. En su delirio pronunciaba siempre el nombre amado del ofendido esposo.

—¡Fazil... Fazil!

Helene, su íntima amiga, no le abandonó ni un instante.

Un día, cuando ya la memoria volvía al cuerpo maltrocho de la pobre Fabienne, ésta dijo:

—¡Quiero verla, Helene! ¡Lo necesito!

—¡Tanto la amas!

—¡Estoy loca por él! ¡Nada me importa en la vida si no es su amor! Y me amoldaré a sus cosas, a su tierra, a su ambiente. ¡Ya que me quiere esclava, esclava suya seré!...

—¡No te exaltes, amiga mía!... Tan pronto como estés lo bastante fuerte para emprender el viaje, irás a reunirte con él...

—¿Me acompañarás?

—No te dejaremos partir sola.

Y mientras ella sufría en París, su marido, el príncipe Fazil, reintegrado a su palacio de Arabia, se sentía también atormentado por melancólicas recuerdos.

¡Malditas diferencias de raza y de pensamientos! ¡Por qué Fabienne no podía ser, no era la esclava tierna y sin otra voluntad que la de su dueño?

Con frecuencia, el príncipe decía a un viejo patriarca de su tribu:

—¡No puedo sufrir la angustia de estos recuerdos!... ¡Sobre mí pesa la maldición de Alá!

—¡No, hijo mío, no estás maldito!—le dijo el viejo—. Voluntad de Alá es que esta vida nos de pare tantos dolores como alegrías y que sólo la muerte les dé fin.

—¡No... no... yo no puedo seguir viviéndolo!...

Y acercó el hermoso anillo que llevaba en la mano derecha a sus labios, una preciosa piedra de incalculable valor que encerraba unas gotas de rapidísimo veneno.

El viejo detuvo su mano.

—¡No hagas uso del veneno de tu anillo! ¡El que muere por su propia mano, es un cobarde!

—¡Yo no me muero... me mata una mujer... mejor dicho... una diferencia de raza!

—¡Mata los recuerdos que te enloquecen!... Acata las leyes de los mayores... Tama contigo otras mujeres... ¡Es tu deber!

El príncipe lanzó un largo suspiro, y luego agregó:

—¡Tienes razón! ¡Para qué preocuparnos de lo que ya es inútil!... ¡Olvidaré... viviré de acuerdo con las tradiciones de mi raza!

Pasó algún tiempo...

Fabienne se había restablecido y en compañía de Helene y de Jacques embarcó para Arabia.

Tras una semana de navegación, llegaron a las costas arábigas, dirigiéndose inmediatamente a la ciudad donde tenía su residencia el príncipe Fazil.

Sus amigos la habían acompañado a sus ruegos, aunque varias veces quisieron disuadirla de su propósito. ¿Por qué quería quedarse en aquella tierra oriental, cuyas costumbres chocaban con las de Occidente? ¿Sufriría mucho? ¿Aun estaba a tiempo de retroceder!

Pero Fabienne se negaba a escuchar aquellas palabras. ¡Deseara a Fazil... lo necesitaba!

Llegaron a la ciudad arábiga de Fazil.

Apenas habían entrado en ella, les sorprendió ver a un árabe que estaba apretando a una mujer. ¿Preguntaron, extrañados de aquel acto de crueldad.

—Es el marido de esa mujer, que la castiga por haber mostrado el rostro a un hombre. ¡Está en su perfecto derecho!—dijo un indígena.

Fabienne se estremeció... Ante ella vió el panorama de un vivir de mísera esclavitud... La mujer en aquellas tierras era una cosa bonita, sin alma... nada más que una joya de puertas adentro... ¡Pero ella quería tanto a Fazil!

Helene comprendió lo que pasaba por el alma de su amiga, y le dijo:

— ¡Es una locura que insistas en quedarte aquí, Fabienne! ¡Nunca podrás adaptarte a esta extraña raza!

Fabienne reaccionó y sonrió una sonrisa tranquila.

— Pero, Helene... es que yo pertenezco a esta raza, puesto que te pertenezco a él...

— ¡No te arrepentirás, Fabienne?

— El amor no me lo permitirá...

Entraron en el palacio, Helene y su marido no quisieron presenciar la primera y decisiva entrevista entre los esposos y aguardaron en una gran sala.

Fabienne fué introducida por una servidora a las amplias y hermosas dependencias de un palacio que parecía de las mil y una noches...

Fabienne pasó por la gran sala del serrallo donde las bellas mujeres la contemplaron con admiración y curiosidad.

— ¿Qué hacía allí aquella extranjera? ¿Cómo se atrevía a pisar aquel recinto?

Fabienne cruzó con repugnancia aquellas estancias de amor.

— ¡Ah, malditas costumbres! ¡Seguramente para olvidarla a ella, Fazil había buscado aquel plantel de mujeres!

— ¡Las obligaría a marchar!

Entró en la rica y alfombrada sala donde se hallaba el príncipe Fazil.

Este se levantó al verla, asombrado y complacido a la vez. ¡El recuerdo del pasado surgía de nuevo ante él!

— ¿Por qué has venido? — preguntó severamente, como si ya nada hubiera con aquella mujer.

La joven le miró, tímida, cariñosa y suave.

— ¿Por qué me dejaste, Fazil?

El príncipe, rehusando su mirada, contestó:

— Fabienne, el hombre de tus recuerdos ha muerto!... ¡Yo lo maté!... He procurado olvidar aquel pasado imposible. ¡Es mejor que te marches!

— Fazil, ¿no sabes que estuve muy grave cuando me dejaste... que estuve a punto de morir?

El príncipe guardó silencio.

— El hombre a quien quiero no ha muerto — siguió diciendo ella —. ¡Perdona a tu mujercita! ¡No lo niegues, sino me amas, Fazil!...

Luchaba el árabe entre el amor que realmente sentía por aquella mujer y las diferencias de raza, que le decían, y ya tenía de ello experiencia, que nunca podría ser feliz con una extranjera, cuyas costumbres, cuyos gustos chocaban con la tradición oriental...

— Antes me podiste una libertad que yo no sabía comprender... ¡Te la concedí!... ¿A qué viene ahora? — dijo Fazil.

— ¡Me veré... porque te amo... porque soy tu esposa!

— ¡No falte nunca mi esposa! — repuso él gravemente —. La mujer de un árabe se dedica por completo a su marido... Sólo tiene un pensamiento: ¡é!... Tú, en cambio, querías tener amigos... a Clavering.

— ¿Te atreves a hablarme de Clavering como de algo sospechoso? ¡Cuidado, Fazil! ¿En tan poca cosa me consideras?...

— ¿No le defendías con ardor?

— ¡Era un buen amigo! ¡Nada más!... Mi pensamiento era siempre para él... y te fué fiel eternamente... En cambio, tú, trajiste a esas mujeres de harén, a esas malas orienturas mías para ayudarme a olvidarme... ¡Y pudiste hacerle sin sentir un remordimiento!

— ¿Por qué? ¿Poca cosa significan ellas para mí!

— ¿Cuál quieres ahora?... ¡Ellas... o yo?

— Pero, ¿qué dices?... ¿De veras estás dispuesta a quedarte?

— ¡Sí... sí!

Y sonreía, pronto a darle otra vez su corazón. El príncipe Fazil, que hasta entonces se ha-

bia mostrado reservado, le abrió por entero el alma.

—Te he echado tanto de menos... te he sabido tantas veces... y ahora vienes a mí más hermosa que nunca!—dijo.

Ella, loca de dicha, exclamó:

—Dime ahora lo que nunca me has dicho: ¿Que me amas?

—Te lo diré como te lo he dicho siempre...

Y sus labios bebieron el néctar rojo de aquella boca de mujer...

Fabienné quedó, pues, definitivamente instalada en la magnífica casa del príncipe.

Durante dos días, Helene y su marido fueron sus huéspedes.

La noticia de que el príncipe tenía una nueva esposa salvó a las mujeres del serrallo de mala manera a las mujeres del serrallo.

Con un mismo voto se convirtieron en enemigas de Fabienné.

Fabienné era feliz...

El príncipe se mostraba el más fiel esposo y abnegado amante... Demostraba tanta indiferencia por las mujeres del serrallo, "simple adorno de la casa", decía, que Fabienné apenas sintió celos de ellas. Además, ninguna era esposa del príncipe y en cierto modo podían tolerarse como bailarinas o danzarinas en el palacio... Había que resignarse a ello...

Helene y Jacques se despidieron de los príncipes... Iban a marchar aquella misma tarde, de regreso a Europa.

Y en el palacio, sin una persona de su propia raza, quedaría sola la enamorada francesa.

Fabienné quiso bajar al pueblo para acompañar hasta el muelle a sus amigos de Europa.

El príncipe, enérgico y terminantemente, se lo prohibió.

No debía moverse de palacio... sin que él le diera permiso.

—Mas, ¿por qué no puedo despedir a mis bu-

nos amigos... que me acompañaron aquí?—preguntó, sorprendida.

—Porque el sitio de mi esposa está en mi casa!—replicó el príncipe, severamente.

—¡Eso es absurdo, Fácil! ¡Quiero ir!

—¿Olvidaste que ya no puedes decir: quiero?... ¡Tu voluntad es la mía!... ¡Me seguiste hasta aquí cuando trataba de olvidar... abriste viejas heridas... y vendiste!



—¿Por qué me dejaste, Fácil?

—Pero... ¿qué mal hay en que vaya al pueblo?

—¡Nuestras costumbres no lo admiten!... Eres la esposa de un árabe... Pues bien, vivirás según los usos y costumbres de mi raza...

Ella nada dijo... Dejase caer en un diván... soñolando...

¡A cuántas cosas obliga el amor!

Los días pasaban lentamente... días ardorosos... Olores... horas sin fin... El Oriente abogaba al Occidente...

Fabianna era una prisionera en su propio palacio... Nada le faltaba... si no era lo más anhelado por el mundo: la libertad.

Sus brazos se extendían dolorosamente como las alas de un pájaro haciendo contra los hierros del destino.

Al príncipe le veía pocas veces...

Un criado árabe que habían puesto a su servicio le dijo un día en que comentaban las continuas ausencias de Fazil:

—¡Nuestra raza produce una extraña inquietud!... ¡Siempre de un lado a otro... yendo y viniendo!

Fazil iba al desierto, a la caza, a las grandes cabalgatas, a los emocionantes torneos... Todo lo que ama el guerrero árabe.

Y Fabianna, llama de amor, se apagaba por falta de libertad... Ella hubiera querido que el príncipe estuviera siempre a su lado como un romántico amante de novela... Pero, ¡siempre tan lejos... tan distante!

Y ella le amaba, le seguía amando con incansable pasión, con una de esas pasiones que podrían llegar, si preciso fuera, hasta el más grande de los sacrificios.

Pero un día, su doncella le comunicó una impresionante noticia.

—¿No sabes la noticia?

—¿Qué?

—¡Nuestro señor ha marchado para concertar sus bodas con otra esposa!

—¿Eh! ¿Otra mujer?

Y todo su hercúleo cuerpo tembló con un estremecimiento de fiebre.

—¡Sí, señora!.. Alá bendice esta promesa de enlace... ¡Es una mujer de raza árabe... y los hijos de esta unión serán sus herederos!

Una desecneración profunda, inenarrable, se apoderó de él.

Y corrió a su habitación a Horar la trágica realidad, y cuando unos días más tarde llegó el príncipe, ella le interrogó, anhelante:

—¿Es verdad que te dispones a tomar... otra esposa?

El príncipe se inclinó con respeto y dijo con la profunda convicción del fanatismo:

—¡Tal es la voluntad de Alá!.. El quiere que tengamos varias esposas... Y la nueva mujer que



—...¿qué mal hay en que vaya al pueblo?

contraerá enlace conmigo tendrá aquí su lugar... ¡Tú no necesitarás verla jamás!

—Pero, ¿serías capaz de venir a mí después de verla a ella?—protestó airada.

—¿Qué quieres? ¡Tú no comprenderías, Fabienne!... Tu raza no sabe del variado amor... ¡La mía sí!... ¡Te quiero... pero también amaré a la otra... a la que me destina mi Dios!

—¡No, no me amas!—dijo la joven, desesperada.—Ahora comprendo por qué no me has dicho nunca que me quieres. ¡De qué sangre estás formado los hombres del desierto!

—¡Vamos, cálmate, Fabienne!... Tú sigues siendo mi mujer, mi amor, pero Alá no permite que nuestro corazón sea para una sola... ¡Mis hijos han de ser de mi propia raza!... ¡Acuérdate, Fabienne! Dijiste que eras mía...

Ella estalló en un largo sollozo y fué a ocultar en un rincón el inmenso dolor que la embargaba.

—¿La vida así era posible? ¡No... no!...

Había escrito a Helene esta carta:

Querida amiga:

¡Tenias razón!... Perteneceamos a distintas razas... Soy una prisionera... una verdadera prisionera... ¡Me vuelvo loca!... ¡Si pudiera escapar!... ¡Por favor, ayúdame!

Fabienne

Aquella carta llegó como un grito de angustia a la capital francesa.

Y Helene, con su marido y otras dos buenos amigos, interesados por aquella aventura, se dispuso a ir a Arabia a reconquistar a la bella prisionera.

¡Pobre muchachita, fier de occidente trasplantada en un clima que había de destruir su corazón!

Y aun pasaron otros días de angustia, de terrible dolor para Fabienne, muerta de miedo en aquel palacio donde las blandas alfombras apagaban todo ruido... y sólo se escuchaban músicas, arpegios, sonidos de cadencia melancólica.

Y un día llegaron los amigos de Francia a la tierra africana.

Fuó Jacques quien hizo una visita al príncipe para aclarar lo que ocurría.

Jacques expuso las cosas con claridad. Habían llegado hasta él desconsoladoras noticias. A Fabienne no se la trataba como a una europea, sino como esclava.

—¿Había derecho a ello?

—¿Se da usted cuenta de que tiene prisionera a una mujer francesa?—dijo.

—¡Esa mujer es mi esposa!—contestó el príncipe friamente.— ¡Estamos en Arabia, no en Francia!

—¡Pero... un poco más de libertad! ¡Usted no ama a Fabienne!

—Es mi mujer, la considero... me enorgullece su posesión. Pero lo siento, Jacques... Fabienne se queda aquí. ¡Ella no se moverá de mi lado!

Marchó el francés, comprendiendo que la situación de la pobre muchacha era desesperada.

Al salir, en una de las estancias del palacio, encontró a Fabienne.

La pobrecita lloraba...

Jacques le comunicó el negativo resultado de la entrevista.

—¡Ya lo ves!—le dijo—. ¡No hay esperanza!... El único camino que nos queda es escapar y refugiarnos en el pueblo francés... Ya lo hemos dispuesto todo. ¡Esta noche vendremos por tí!...

Concretarua brevemente el plan de fuga... Y Fabienne, aun sintiendo en el alma separarse del príncipe Fazil, comprendió que era imposible en

tal situación, permanecer a su lado...

Todo el día el príncipe anduvo preocupadísimo... ¡Ay! ¡Desgraciadamente, Fabienne no era feliz!...

El, aunque la amaba con locura, no sabía darle la felicidad. Las mujeres árabes que saben que en su tierra la poligamia es una ley, se acostumbra a ella y son felices en la promiscuidad de los harenes... Pero, Fabienne venía de Europa, donde todo hombre honrado tenía sólo una mujer a la que adorar en el altar de su alma...

¡Ay, malditas razas!... Pero, ¿qué iba a hacer el príncipe, si sus magnates le obligaban a casarse con una mujer de su raza para tener hijos de estirpe absolutamente pura?

¡Dolorosa situación!

Aquella noche, Helene, Jacques, y los dos amigos franceses que los acompañaban, se presentaron en el palacio del príncipe.

Fazil extrañó aquella visita a deshora. Fabienne se reunió con ellos, y sus ojos miraban interrogantes.

—¿A qué habéis venido?—dijo el príncipe.

—Sencillamente, a llevarnos a su mujer... Las leyes no permiten que ella quede como prisionera...—dijo Jacques.

—Tus leyes no son las mías! ¡Marchaos!

—¡Son leyes humanas que rigen en todos los honrados reinos!—protestó Jacques.

Una sonrisa fría se dibujó en el rostro del príncipe.

—¿Y tú qué dices, Fabienne?

—¡Ma marcha! ¡No quiero compartir con nadie tu amor!—protestó.

—¡No podrás salir!—repuso él, furioso.

Fué a dar orden de que les impidieran la salida, pero uno de los amigos europeos, con la cu-

lata de su revólver dió un tremendo golpe a la cabeza del príncipe, haciéndole perder el conocimiento.

Cayó a tierra, y al verla de aquel modo, en el alma de Fabienne surgió el remordimiento.

—¡Fazil... Fazil... yo no quería hacerte daño!

—¡Marchemos! ¡No hay tiempo que perder!

—gritó Jacques.

Y todos, con Fabienne, que lloraba, abandonaron el palacio.

Poca después el príncipe volvía en sí y a sus gritos acudieron inmediatamente los guardias de su escuadra.

—¡Fabienne ha huido con los franceses!... ¡Hay que darles alcance antes de que marchen de nuestros dominios!

Y montando a caballo, los guerreros salieron rápidos como exhalaciones.

El grupo de europeos había adelantado muchísimo... Avanzaban por tierras llizas, arenosas, hacia el lejano puesto francés de la frontera. Allí estarían a salvo de la persecución.

Fabienne temblaba... El anhelo de recobrar la libertad, de volver a su patria, la llenaba de alegría... pero, ¡tener que separarse del hombre a quien amaba a pesar de todos sus defectos!

¡Si hubiera podido, habría vuelto a sus brazos!...

Vieron de pronto a los jinetes árabes que avanzaban como centellas... Arrecharon la marcha, pero ellos no sabían imprimir a sus caballos aquella máxima velocidad de los guerreros del país.

La distancia se fué acortando...

—¡Estamos perdidos!—gritó Jacques—. ¡A ver! ¡Un último esfuerzo!

Pero resultó por completo inútil...

Los árabes les pisaban los talones y pronto se vieron rodeados por un centenar de jinetes mandados por el príncipe Fazil.

—¡Era absurda toda resistencia!... ¡Tendrían que rendirse!

Fabienne contempló a su marido y lo vió arrogante, marcial, con sus arreos de guerra.

La turba árabe en un momento aprisionó la expedición de fuga.

El príncipe cogió a su mujer y la observó con ojos en que brillaban la ira y el amor...

¡Ingrata!... ¡Con lo que él la quería! ¿Y había querido abandonarle para siempre?

—¡Fácil... Fácil... perdóname!—aplicó Fabienne, creyendo que aquel hombre iba a darle muerte en su rencor.

Una sonrisa desdeñosa se dibujó en los labios del príncipe.

—Debería castigaros a todos... a todos!... ¿Y esos franceses? ¿Así pagan mi hospitalidad de la otra vez!...

Helene, Jacques y sus dos amigos, creían llegada su última hora... Su situación era desesperada.

Fabienne, en un arranque de nobleza, intercedió por ellos:



—¡Fácil... Fácil... yo no quería hacerte daño!

—¡La culpa fué mía!... ¡Déjalos partir a su tierra!

El príncipe meditó... Vió suplicante ante él a la mujer a la que tanto había querido, pero a su modo, como aman los hombres de su raza, sin exclusivismos de ningún género, de la amplia manera que dictan sus especiales leyes religiosas.

¡No, no la dejaría marchar!... ¡Quería hacerla bien suya... bien suya... y...!

Dió una orden fría a sus guerreros:

—¡Conducid a los prisioneros hasta el puesto francés sin hacerles daño alguno! ¡Los perdono!

Helene quiso interceder por su amiga; pero ésta le rogó que se marchase.

¡No, Fabienne estaba muy agradecida, pero ya nunca intentaría escapar!... En su alma el amor mandaba más que la libertad... Y si sufría, le daría por bien empleado en aras del querer.

Ante aquel amor desesperado, enloquecedor, tuvieron que inclinarse... Y los amigos de Europa se dejaron, melancólicos, porque dejaban a su compatriota en un cantiverio irreparable.

El príncipe Fácil montó a caballo y llevando sobre él a su esposa regresó a su palacio.

Ella se sentía asombrada; nunca había visto a su marido hablarle con palabras tan cariñosas como durante aquel viaje de retorno... No sólo le había perdonado su audacia, sino que había hecho más: la trataba con una consideración desconocida.

Llegaron al palacio...

Entraron en una de las hermosas estancias de paredes tapizadas con sedas y brocados de maravilla, y columnas de mármol que ponían sus reflejos luminosos como piedras transparentes.

Ella, Fabienne, se tendió dulcemente en un diván...

Fácil se acercó y mirándola con extraña dulzura, la dijo:

—¿Volverás a escaparte? ¿Te marcharás otra vez de mi lado?...

Los labios de ella negaron...

—¡No huiré!... ¡Te prometo que estaré siempre contigo, pase lo que pase!... ¡Perdóname!... ¡No supe comprenderlo!... Pero me inclinaré ante tu raza, ante tus costumbres... y no seré más que tu esclava humilde e insignificante.

Oyéndola hablar, el príncipe, que la amaba con toda su alma, se sintió conmovido.

¡Ah, malditas razas!

El la quería... y hasta tal vez la hubiese amado exclusivamente, rechazando cualquier otra de aquellas pasiones que le imponían. ¡Pero, la tradición, la ley, las costumbres! ¡Ah! ¡Era imposible suscribirse a ese infamia, a esa orden terrnante que le obligaba a tener varias mujeres!...

¡Y ahora las gentes de su tribu querían que el príncipe Fazil tuviese hijos... pero... no hijos de la francesa... no hijos de una raza infiel... sino de pura estirpe arábiga!...

¿Y la pobre Fabienne?

Fazil sintió el anhelo de libertarse... de huir... de vivir fuera de aquel mundo... con Fabienne... ¡Sólo!...

Una idea terrible, cruel, se clavó en su imaginación.

Sonriente, contempló la piedra preciosa que brillaba en uno de sus dedos.

—¿Me amas, Fabienne? ¿Serías capaz por mí de todo?

—¿No lo estás viendo?—dijo ella—. ¡Te adoro con toda mi alma!... Si he intentado la huida, es porque te amaba demasiado...

—¡Fabienne!

Sonrió, y mirándola tiernamente, dijo:

—¡Este anillo nos unirá para siempre!...

Acercó su mano a los labios de ella y derramó en la bocuita una sola gota del licor que se almacenaba en la sortija.

—¡Oh! ¿qué es eso?—dijo ella, absorbiendo el veneno.

—¡Mi Fabienne!

La estrechó contra su corazón.

La joven se estremeció y puso las manos en su pecho.

—¡Siento dolor!... ¿Qué has hecho, Fazil?

—¡Te he tomado de nuevo... te tendré siempre conmigo!...

La francesa sentía una extraña languidez, como una relajación de todas sus fuerzas...

—¡Fabienne... esposa mía!—murmuró el árabe—. Nunca te lo dije, pero ahora puedes oírlo: ¡Te amo! ¡Te amo!...

Los labios de Fabienne corrieron al escuchar aquella divina palabra que nunca hasta entonces su marido había pronunciado.

Le miró dulcemente, mientras toda ella se sentía invadida de una laxitud, de un debilitamiento súbito...

—¡No me asustes ya tus ojos!...—le dijo.

—¡Porque te quiero... porque serás siempre mía, y yo sólo tuya!

—¡Fazil!... Oscurece... ¡Apenas te veo!...

—¡Ahora es cuando seré más tuya... mi vida!

—¡Todo se apaga!... ¡Fazil... bécame!...—murmuró con una voz suave, de agonía...

El príncipe la besó, y recogió en sus labios la última expiración, el postrer suspiro de aquel corazón joven...

¡Había muerto!...

Fazil, con expresión dramática, abrazando a la que ya nunca volvería a hablar, dijo:

—¡Ahora ya eres mía!... ¡Sólo mía!

Luego, se miró las manos, vio la sortija que lucía como sangre, y nervioso, rápidamente, absorbió la última gota del veneno letal...

Sintió también aquel mismo calor, aquella misma blandura en todo su cuerpo que Fabienne había experimentado...

Y murmuró, mientras acariciaba a la esposa:

—¡Fabienne... mi Fabienne!... ¡Ya no se interpondrán entre nosotros las barreras de raza!... ¡Existirá sólo nuestra amor, eterno, como las arc-

nas!... ¡Solos tú y yo... para siempre... para siempre!

Sintió apagarse la luz de su alma... Sentió con una mueca dolorosa... ¡Pronto... pronto... a reunirse con ella... con Fabienne!... Luego, suavemente, inclinó la cabeza y un último suspiro le estremeció...

¡Se había roto su vida!... Iba lejos, a buscar a su Fabienne en el camino misterioso de la muerte...

FIN

GRAN ÉXITO del
Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

para

1929

B.